



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A AMÉRICA CENTRAL

CEREMONIA DE DESPEDIDA DE NICARAGUA

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Viernes 4 de marzo de 1983

*Ilustres miembros de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional,
queridos hermanos en el Episcopado,
amados nicaragüenses,*

Al concluir la segunda etapa de este mi viaje religioso por América Central que me ha traído a tierras de Nicaragua, me dispongo a dejar la capital de la nación, para proseguir la visita a los países cercanos.

Y antes de marchar, siento el deber de agradecer vivamente a la Junta de Gobierno y a cuantos de formas diversas han colaborado en ello, la cortesía de su acogida y los preparativos llevados a cabo para hacer posible mi venida y contactos con los fieles de este amado pueblo.

Agradezco asimismo cordialmente cuanto los queridos hermanos obispos han hecho para preparar espiritual y materialmente mis encuentros con la población católica, y su conocida disponibilidad a tomar sobre sí todos los cometidos que normalmente asume la Iglesia en casos semejantes, en un clima de libre iniciativa y colaboración con los eclesiásticos, miembros de las congregaciones religiosas y laicos responsables o miembros de los diversos sectores del apostolado o de la vida eclesial. También a todos ellos va en este momento el testimonio de mi admiración, de mi gratitud, de mi cariño y aliento más cordiales, para que sean fieles a su propia condición.

Recuerdo sobre todo con profundo consuelo, los encuentros tenidos en León y la Eucaristía

celebrada en Managua con tantos fieles del país. Y a los que se han asociado otros muchos que, por razones diversas, no han podido estar presentes, para alimentar su fe cristiana, su convicción interior que les une a tantos millones de hermanos que, hoy sobre todo, miraban hacia ellos, rezaban con ellos y por ellos, en Centroamérica y en todo el mundo.

Se trata de los miembros de la comunidad eclesial nicaragüense, que tanto ha contribuido a la historia de la nación, también en tiempos recientes y en el actual momento; que busca en su derecho a la libre vivencia de la fe los motivos ideales que la alientan hacia el bien y la fraternidad; que desea avanzar por el camino de la justicia y solidaridad, sin perder la propia identidad cristiana e histórica.

Al despedirme de este querido pueblo, le expreso toda mi estima afectuosa, mando un renovado recuerdo a cuantos cristianos habrían querido encontrarme, los animo en la fidelidad a su fe y a la Iglesia, los bendigo de corazón –sobre todo a los ancianos, niños, enfermos y a cuantos sufren– y les aseguro mi perdurable oración al Señor, para que El les ayude en todo momento.

¡Dios bendiga a esta Iglesia. Dios asista y proteja a Nicaragua! Así sea.